

# La cuestión del latín.

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 23 setiembre 1907)

2-198  
Esta ya 2-121 1

D. Completos V

## LA CUESTION DEL LATIN

(Para LA NACION)

SALAMANCA, agosto de 1907.

Al final de mi artículo sobre «Los maestros de escuela» os dije que también yo quería echar mi cuarto á espaldas desde estas columnas sobre eso del latín, cuestión tan debatida y que en esa nación ha suscitado el dictamen del consejo de segunda enseñanza. Tengo á la vista el artículo de Lepfir, publicado en el número del 15 de julio de este mismo diario.

En la enseñanza del latín, como en cualquier otra enseñanza, es cuestión capitalísima la de saber para qué ha de enseñárselo. La química es una, pero requiere un distinto reparto, según se la enseña para aplicarla á una ó á otra cosa.

Considérase el latín por muchos como una disciplina de cultura general, por la razón de que nuestra civilización tiene sus raíces en la grecorromana y de sus instituciones han derivado nuestras instituciones. Mas á esto cabe responder que cuanto de las instituciones y de la literatura y la filosofía grecorromanas es vivo entre nosotros, se halla incorporado á nuestras instituciones y á nuestras literaturas y filosofías.

Tampoco se debe exagerar la infidelidad de las traducciones. Las hay muy buenas de los antiguos y mejores clásicos griegos y latinos y las hay muy buenas en las lenguas modernas, incluso en castellano, y algunas de las mejores de éstas llevadas á cabo por escritores hispano-americanos.

«Las dos objeciones principales que se hacen á la enseñanza del latín—dice Lepfir—son su ninguna utilidad práctica y el resultado escaso de los estudios.» Por lo que al primer punto hace declaro por mi parte que aun no sé bien qué quieren decir con eso de práctico y en último término, con tal de que tenga utilidad alguna, aunque no sea práctica, basta. A este respecto de lo práctico siempre suelo recordar lo que le dije en cierta ocasión á un ingeniero furiosamente practicoista que iba á tomar un tranvía para ir á oír un concierto: «dígame, amigo ¿cuál de las dos cosas es más práctica, el tranvía que le lleva al concierto ó el concierto mismo?» Porque observo que las gentes llaman práctico al mello, y lo práctico es ganarse la vida y no gastarla. Y si con el conocimiento del latín se puede dar á un número de personas una fuente de nuevas emociones y de placeres espirituales no sé para qué más utilidad práctica.

El argumento del escaso resultado de su estudio es mucho más fuerte. En nuestro bachillerato se exige el latín y es muy raro el español que lo sepa regularmente. En lo que me parece que no anda tan acertado Lepfir es en alegar que si nuestros alumnos no llegan á leer cómodamente á Tácito, Cicerón, Virgilio y Horacio, tampoco llegan á leer á Hugo ó Racine, Shakespeare ó Byron, Dante ó Carducci,



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

La cosa varía mucho, porque el francés, el inglés ó el italiano tienen, independientemente del conocimiento y goce de los clásicos de su literatura un valor de que el latín, en general, carece. Sin ser capaz uno de entender á Shakespeare el inglés puede servirle de mucho, pero sin ser capaz de entender á Cicerón parece que el latín debe servirle de poco. Y digo «parece», porque ya veremos que también el latín puede tener su valor de otra índole.

Donde, en efecto, Leptir da, á mi juicio, en el clavo, es cuando establece que la razón principal para que estudiemos el latín está en nuestro propio idioma, el de España y la Argentina, el idioma castellano.

Yo no creo que el latín deba ser hoy un conocimiento exigible á todo bachiller, algo que deba entrar en aquel mínimo que se debe pedir á todo hombre que aspire á pasar por culto, pero sí creo que todos los encargados de enseñar la lengua castellana deben saberlo y que estaría muy bien que lo supiesen cuantos aspiran á manejarla literariamente.

No digo que en la segunda enseñanza argentina—y quien dice argentina dice española ó de otra nación cualquiera de lengua castellana—haya de establecerse cátedras de latín, pero sí creo que en esa nación debería haber, si es que no las hay ya, cátedras de gramática histórica castellana y de lingüística comparada de las lenguas neolatinas. Y creo que á los encargados de enseñar castellano más luego debería exigírseles que las cursaran y que los escritores ganarían mucho con adquirir tal conocimiento.

Ahí precisamente, en esa nación, parece que concurren más que en otra parte alguna los principales de esos idiomas. El castellano es el nacional; de la utilidad del conocimiento del francés y de su influencia, es inútil hablar; el italiano se habla por donde quiera en la Argentina, y en cuanto al portugués, la vecindad del Brasil y el desarrollo que esta nación toma me excusa de toda ponderación.

Que el castellano se explica por el latín, y se explica mejor comparándolo con sus lenguajes hermanos, es noción ya de todo el mundo. Pero acaso caminamos á una reintegración, siquiera parcial, de las lenguas romances sobre la base del latín.

Sabido es que en las lenguas romances



ó neolatinas, hay dos capas de latín; la una popular ó «digerida», y es aquel elemento latino que vino rodando de boca en oído y de oído en boca y sufriendo las alteraciones todas fonéticas que la índole de cada pueblo le imprimía, y aquel otro elemento literario, erudito ó «indigesto» que pasó de los libros á la lengua hablada y apenas sufrió alteración alguna, no pasando de ser latín escrito pronunciado á la española, francesa, italiana, etc. Entre ambos elementos hay términos medios y voces semipopulares. El lector que desee más ilustración al respecto puede hallarla entre otros libros en el excelente, excellentísimo «Manual de gramática histórica de la lengua castellana» de don Ramón Menéndez Pidal, libro de solidísima doctrina y ajustado á las más rigurosas exigencias de la ciencia moderna. Es el que empleo como texto en mi cátedra de filología comparada del latín y castellano.

Esas dos capas dan lugar á lo que se llama dobles ó sean aquellas dobles formas derivadas de unas mismas voces latinas, la una por el proceso popular y la otra por la traslación erudita. De una misma voz latina derivan, v. gr. «derecho y directo, estrecho y estricto, odre y útero, bastío y fastidio, tilde y título, cabildo y capítulo, caudal y capital», etc., etc., porqué son muchísimas y cada día se acrece su número.

En las distintas lenguas neolatinas es mucho más semejante el elemento literario ó erudito que no el popular. Así «directo y direct» se parecen entre sí mucho más que «derecho y droit» que apenas presentan analogía.

Llevado por mis estudios lingüísticos di yo en cierta época de mi actividad literaria en el priueto rayano en manía de preferir siempre el elemento popular y hasta en rebuscarlo en las más hondas capas del lenguaje hablado y en formas dialectales. No escribía nunca, v. gr. «multitud» substituyéndolo por «muchedumbres», antes que decir de un agua que era «ferruginosa» decía que era «herrumbrosa» habida cuenta de que la derivación del latín «ferruginem» (con una confusión de subfijo) es el castellano «herrumbre», y en vez de «superficie», que no es sino la voz latina derivada de «supers», sobre, y «facies», faz ó cara, escribía «sobrehaz». Lo cual da sin duda al idioma cierta fugosidad y un tono de homogeneidad singular. Aborrecía, sobre todo, los términos técnicos. Y acudía para mi obra hasta á formas dialectales. Así, al que trabaja en oro le llaman unos «aurífice», con voz puramente latina, otros «orfebre» con voz francesa, y como yo oyera por estas tierras salmantinas llamarle «orife», que es también la voz portuguesa, al «orife» me atuve. Otro ejemplo: á la velada de la noche llaman en francés «soirée» del latín «serata» y en portugués «serao» (del latino «seranus») y en castellano usamos ya «soirées», ya «sarao»; pero en esta provincia se dice «serano» y «serano» escribía yo.

Exponía y defendía yo en cierta ocasión este mi sistema delante de un doctísimo filólogo italiano y uno de los extranjeros



que mejor conocen el castellano, cuando hubo de decirme: «todo eso está muy bien, amigo mío, pero observe que con tal sistema lo que lograríamos es apartar á unos romances de otros, acentuando su diferenciación respectiva, y hacer poco inteligible nuestro idioma. Yo no creo que sea un mérito de un escritor el que sea de difícil comprensión para los extranjeros. Creo, más bien, que debíamos esforzarnos por ir acercando unos romances á otros sobre la base del latín. Quanto más elemento erudito contiene un escrito español, francés ó italiano, más fácil es para dos que hablan un idioma latino.»

He reflexionado después muchas veces en lo que mi amigo el filólogo italiano me dijo, y aunque no me decido á abandonar por completo mi sistema, reconozco la verdad de sus doctrinas. Si entre los escritores ingleses Macaulay es uno de los que nos son más fáciles y Carlyle de los más difíciles, consiste en que en el léxico del primero domina el elemento latino y en el del segundo el anglosajón; y el proceso natural de la vida lleva á que en las distintas lenguas neolatinas vaya aumentando el elemento erudito, lo que las asemeja y acerca, á expensas del popular, que las diferencia y aparta. La invasión en la vida y en la literatura de conceptos científicos y filosóficos es lo que promueve esto.

Claro está que hay campos en que el elemento erudito ó científico disuena; tales el de la poesía. La poesía exige sentimientos ó ideas compenetrados con nuestra vida íntima y cotidiana, conceptos hechos carne, y de aquí el que disuenan en ella todas esas voces que son como cuerpos extraños en la vida del sentimiento.

Entre las varias posturas que ha ido buscando Lugones para procurar descanso á su espíritu inquieto le dió en cierta temporada por hacer versos erizados de terminachos científicos y técnicos, y aquello, francamente, se me hacía insoportable. Yo creo que se puede escribir una oda inspiradísima y altamente poética á la locomotora pero sin meter en ella términos de mecánica que no conoce el campesino que la ve pasar. Cuando esos términos, ú otros cualesquiera de su misma laya, entran ya en el curso de la vida ordinaria, de la que se teje con nuestros pesares y alegrías, entonces puede entrar en la poesía.

Pero, aparte esto, es indudable que cada día crece más el elemento erudito á expensas del popular. He tenido la curiosidad de reunir al azar un número de periódicos—el periódico representa mejor que nada el promedio de la lengua corriente—y ver en ellos la proporción entre el caudal de voces de origen erudito y el de voces de origen popular, y se observa que el primero predomina enormemente sobre el segundo. Y tal es la razón de que á poco francés ó italiano que sepamos nos es fácil seguir el



pensamiento de un artículo ordinario de periódico, de un artículo sin pretensiones literarias, mientras cuesta á muchos entender á ciertos escritores.

Y así resulta que las lenguas neolatinas tienden á asimilarse sobre su base, que es el latín.

No ha faltado quien haya soñado que así como la luz blanca que se descompone por el prisma en los siete colores del arco iris, puede recomponerse de nuevo en aquella primera luz, así el latín descompuesto en el iris de los romances podrá recomponerse un día en un nuevo latín, que se llegará por integración á una lengua latina ó románica. Me parece esto muy difícil, pero lo que sí es indudable es que cada vez son estas lenguas más inteligibles entre sí. Y á fomentar y á corroborar este natural proceso ¿qué mejor que el estudio del latín puede contribuir?

Muchas veces españoles, compatriotas míos, han echado en cara á los hispano-americanos el que estropean el castellano sin necesidad. No soy de los que tal censuran. Me parece menos malo que cierto casticismo que aquí, en España, se cultiva en conexión con cierto llamado tradicionalismo.

No me parece lo malo que haya quien se meta con el idioma; lo malo me parece que haya quien lo haga sin conocerlo bien ni tener clara noción de su índole. Para nada hace falta más conocimiento de la anatomía y fisiología del hombre que para someter á un muchacho á dislocaciones ortopédicas.

Entre las innovaciones métricas que los americanos han introducido en el verso castellano hay no pocas que son verdaderos desatinos por desconocimiento del idioma; son innovaciones «gráficas» y no «fónicas». En cambio no ha mucho que un periódico mejicano me ha echado en cara el haber escrito este verso:

yo sé bien lo que pide  
exclamando: ¡cinco monosílabos en un heptasílabo! Y el pobre crítico ignora que no hay tales monosílabos en el sentido en que él lo toma, es decir, que no hay cinco acentos antes de la palabra final. Ignora la existencia de voces átonas como la ignoran los que hacen aunar «una y fortunas» ó el «de» preposición—que no tiene acento—con «sé», como algunas veces hace Rubén Darío. Lo cual es hacer versos á ojo y no á oído.

El que en un país de lengua neolatina haya un buen número de personas que sepan el latín y conozcan el proceso de derivación de los romances comparados entre sí, es el mejor medio para que se alcance la evolución natural de la lengua y para que las lenguas neolatinas vayan acercándose cada vez más entre sí. Yo no sé si esta utilidad será ó no práctica, pero de que es utilidad no me cabe duda.

MIGUEL DE UNAMUNO.

